



Tierra y Libertad

Barcelona, 20 de Octubre de 1933 SEMANARIO ANARQUISTA Año IV - Número 138 - 15 céntimos

El proletariado revolucionario aplastará al fascismo en todas sus manifestaciones

España a los pies de la Guardia Civil

Se habla de fascismo estos días con una alarmante insistencia. Con el triunfo de la República esa hidra escondió sus múltiples cabezas temiendo que el pueblo se las cortara. Y este pueblo confiado, no fué a buscarla y a exterminarla en las propias madrigueras que se guarzaba -- como han hecho recientemente en Cuba -- y el fascismo ha permanecido en España, actuando sin interrupción bajo formas diversas.

Fascismo era dejar en pie el cuerpo de la guardia civil que, ciego instrumento del caciquismo rural siempre se distinguió por su carácter reaccionario, y había siempre sofocado con sangre toda manifestación liberadora. La guardia civil teniendo como jefe máximo al general Sanjurjo, representante descarado del fascismo, siguió actuando al servicio del caciquismo rural, frente al pueblo y a la Revolución española, ensayando el 8 de agosto del pasado año un golpe de Estado para alcanzar la restauración monárquica.

Fascismo fué la creación del cuerpo de guardias de asalto. Signos fascistas son las violencias y asesinatos cometidos en toda España por la fuerza pública y finalmente ese fascismo se ha volcado en la legislación con la promulgación de las principales leyes represivas.

Y a medida que ha ido transcurriendo el tiempo, las fuerzas ultra-reaccionarias, al constatar el impunitismo que amparaba sus actuaciones y manejos, han sacado sus cabezas de las madrigueras y se han decidido a intervenir de lleno en la vida nacional. La concentración de católicos de todos los lugares hacia Tudela, para asistir a las conferencias de un "padre" jesuita; las reuniones de agrarios en Sevilla y Madrid, la marcha de los mismos sobre esta última capital, la aparatosa demostración de la Liga Regionalista en Sitges, son manifestaciones de la actividad pública del fascismo, que aun desarrollándose, confundido en el seno de la misma República, quiere irromper a la vía pública tomando la ofensiva.

Los partidos políticos, supuestos legitimados, se escandalizan de ese desarrollo y de esa audacia y claman a la desesperada porque presienten que el Poder les marcha de las manos. Habiendo malogrado un movimiento popular y traicionado al pueblo, éste les ha vuelto las espaldas dejándoles desamparados, inclinándose francamente hacia las organizaciones revolucionarias que animamos los anarquistas.

Restablecido el equilibrio en las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, se produce el abstencionismo consciente en política, y, como inmediata consecuencia, en apariencia, las derechas, la extrema reacción, se encuentran en situaciones ventajosas. Pero las apariencias en muchos casos, y en este sobre todo, son engañosas. En realidad las fracciones fascistas siguen tan debilitadas como antes. El gran contingente de descontentos, que tuvieron el desacuerdo de confiar en determinadas formas de la política, se ha unido, fortaleciendo a las organizaciones de la O. N. T. y de la F. A. I. que encarnan y propulsan la Revolución social en Iberia. Se alejan las masas de los partidos representativos de la democracia burguesa, pero se acercan a las organizaciones anarquistas. Retrocede el liberalismo que, como limón, permite el sistema capitalista, pero se afirma la posibilidad de un próximo triunfo de la Revolución.

Y por esto afirmamos que el fascismo no nos amedrenta, ni nos coge desprevenidos. Estamos avasados a enfrentarnos con otro fascismo que, aunque encubierto con ropaje republicano y socialista, no es menos peligroso. De sobra saben los partidos turnantes y aspirantes al Poder que la única fuerza existente en España, con capacidad para oponer una resistencia seria y para aplastar al fascismo es la O. N. T. y la F. A. I.

Nuestras organizaciones, hacen, harán imposible todo intento de retroceso. De no ser ellos, Alfonso estaría en el trono y Sanjurjo sería el jefe del gobierno español. Recuérdese la intención fascista del mes de agosto del 32 en Sevilla y Granada. Valera Valverde, gobernador civil y demás autoridades, entregaron su mando sin resistirse a la guardia civil. Mientras, los anarquistas, se batían con las fuerzas de Sanjurjo, engrandecían la ola popular y obligaban al generalife alfonseco, a escaparse disfrazado de la capital gaditana.

Así haremos en lo sucesivo. Ya no es preciso consignar alguna. Cada militante y cada trabajador sabe de sobra el deber que le corresponde: donde se produce el menor foco de fascismo hay que ahogarlo en la propia sangre de sus iniciadores. Y esto desde hoy, espontáneamente sin atenerse ni esperar a ordenes de comités. Aquí no cuajará esa postrera modalidad sangrienta del capitalismo.

En Iberia tras el derrocamiento, el fracaso y el hundimiento de la República se instaurará el Comunismo libertario.

Los trabajadores, el pueblo, quieren una vida emancipada y libre; quieren disfrutar íntegramente los dones que la naturaleza ofrece, colmar las satisfacciones que el progreso permite, marcando al mundo la pauta para su liberación definitiva.

Por la liberación de Ascaso, Díez, Paniza y Vallente

Ante la presión del proletariado revolucionario, y ante la lambiencía de una intervención colectiva de nuestras organizaciones, las autoridades prometieron liberar a los seis camaradas que en el Penal del Puerto de Santa María hacían la huelga del hambre.

Dos camaradas, Combina y Durral, fueron puestos en libertad. Pero Ascaso, Díez Vallente y Paniza siguen detenidos prisioneros de la promesa de libertarios y por lo cual cesaron la huelga del hambre.

Se quiere exacerbar las pasiones. Cuando todo el proletariado tenía como segura la libertad de nuestros camaradas, se les retiene injusta-

mente en la cárcel, burlando a la opinión.

Esto puede traer, traerá inevitablemente si no se rectifica ese atropello, graves consecuencias. No es posible permitir que esa persecución morbosa, y esa iniquidad sean perpetrándose contra nuestros camaradas Paniza, Díez, Ascaso y Vallente. En dignidad de la organización, de los militantes y de los anarquistas no permite tolerar en silencio ese atropello, ni dejar abandonados a esos camaradas. Para alcanzar su libertad hay que llegar, si es preciso, a las más extremas resoluciones.



Todos los partidos y todos los políticos, se confuran para explotar oprimir y asesinar al pueblo. Pero sobre ellos gravita el puño potente del proletariado, que les aplastará el día -- no muy lejano -- que se decida a descargarlo sobre las instituciones actuales, y sobre esas sus máximas representaciones.

Ante un mundo que muere

Jamás en la Historia se ha presentado una situación tan lisonjera para los anarquistas, como el momento político y social que vive España. La descomposición escandalosa y maloliente de las fracciones políticas del país, son una confirmación irrefutable de la tesis expuesta, hace cerca de un siglo, por los pensadores y propagandistas libertarios. Pasan por el escenario del Estado todos los arlequines de la política y vemos que nada varía, todo sigue de la misma manera; las espuelas de los jinetes se clavaban en los flancos del pueblo, en perjuicio siempre de los ahijados, como un tormento perenne que martiriza a los trabajadores esclavizados.

Los regimenes pasados, hundieron bajo el peso de sus errores y de sus crímenes, arrollados por la avalancha de las masas populares que jamás se estancan, que siempre siguen adelante, destrozando cuantos obstáculos encuentran en el camino de la revolución, de la ciencia y el progreso. Imperios monumentales, feudos extensísimos, principados inmensos, tronos dorados y fuertes, todos los vestigios de la tiranía ancestral se hunden y ruedan hechos aspillas y escombros, al impulso revolucionario de los rebeldes, de los insubmisos, de los impulsores de los tiempos nuevos que traxan a los pueblos la ruta inconfundible de su redención.

Los potentados se ausentan y abandonan sus fortalezas, ceden terreno, hacen concesiones al pueblo para tenerlo engañado, cegándole con el espaldado falso de una supuesta democracia. Repúblicas jóvenes, recién nacidas, tampoco se escapan de este cataclismo social que todo lo domina. Las monarquías ceden el puesto a las repúblicas; éstas prometen transformarse en regimenes socialistas; desde el Poder se anuncian el imperio de los trabajadores. Los capitalistas y los gobernantes se ausentan, incluso de sus propias obras.

Y la democracia llega a España derrotando a una dictadura de hierro que tuvo a los ciudadanos durante largos años aplastados bajo las botas enlodadas de un grupo de militares pecuniosos y degradados.

Pero esta democracia llega con medio siglo de retraso, cuando todo está entorpecido y nada puede salvarse, ni en el orden político, ni gubernamental, ni administrativo.

Pasa la democracia por España, no para devolver al pueblo lo que de suyo le pertenece, sino como una furia salvaje que todo lo destruye, como un hálito de muerte que siembra un reguero de cadáveres a lo largo del suelo español. En las campiñas y en las aldeas, en los pueblos y en las ciudades, se amontonan macabramente los cuerpos de las víctimas que caen bajo el fuego de la metralla republicana. Subsisten los mismos vicios de otros tiempos, los mismos errores de épocas pasadas. Las concesiones del capitalismo han sido un fraude grotesco, una sangrienta mentira. La República se ha convertido en la perpetuación de la injusticia social a través del tiempo, en la prolongación del crimen autoritario. Y el socialismo de Estado se ha trocado en un fusilar diario de trabajadores de todas clases.

... Hoy cae un obrero, mañana otro; las víctimas se amontonan en las cunetas de las carreteras, en los matorrales de los torrentes, en las encrucijadas de las calles de las ciudades. Del villorrio más humilde a la capital más populosa, un reguero de sangre humana cruza todo el territorio nacional.

Así mismo al derrumbe total del mundo capitalista y autoritario. Ante ello, se impone ensanchar los organismos revolucionarios, fortalecer las organizaciones obreras, preparar y emprender la revolución social, la revolución que expulsa los privilegios particulares de la burguesía y establece la comunidad de todos los bienes sociales, aboliendo el Estado y destruyendo al Capitalismo, poniendo los instrumentos de producción y consumo en manos de las libres federaciones de grupos productores agrícolas e industriales.

Sobre las ruinas humeantes de un mundo viejo y caduco que muere, los obreros revolucionarios deben edificar el mundo nuevo de la Anarquía.

A. G. GILBERT